

La Doctrina de México, *Cuadernos Americanos* y la Guerra Fría

Por *Rafael* ROJAS*

EN LOS PRIMEROS MESES DE 1942, mientras crecían las tensiones entre México y las potencias del Eje, tras la declaración de guerra a Alemania que hiciera el congreso de Estados Unidos a fines del año anterior, comenzó a circular el número inicial de la revista *Cuadernos Americanos*. En aquella primera entrega, los responsables de la publicación decían pertenecer a un “grupo de intelectuales mexicanos y españoles, resueltos a enfrentarse con los problemas que plantea la continuidad de la cultura” en “los actuales días críticos”.¹

La declaración, que se hacía acompañar de una frase del importante pensador republicano y federalista peninsular del siglo XIX, Francisco Pi y Margall (“América, tú eres mi esperanza, tú estás llamada a salvar el mundo”), y de otra del gran poeta modernista hispanoamericano, Rubén Darío (“América es el porvenir del mundo”), era seguida por una lista de miembros de la Junta de Gobierno, en la que figuraban cinco españoles: Pedro Bosch Gimpera, ex rector de la Universidad de Barcelona; el filósofo vasco Eugenio Ímaz; Juan Larrea, ex secretario del Archivo Histórico Nacional de España; Manuel Márquez, ex rector de la Universidad de Madrid; y el lingüista Agustín Millares Carlo, de la misma Universidad. A esos españoles correspondían cinco mexicanos: Alfonso Reyes, presidente de El Colegio de México; Daniel Cosío Villegas, director del Fondo de Cultura Económica; Mario de la Cueva, rector de la Universidad Nacional Autónoma de México; Manuel Martínez Báez, presidente de la Academia de Medicina; y Bernardo Ortiz de Montellano, ex director de la revista *Contemporáneos*.²

La representación pareja de españoles y mexicanos, bien ubicados en instituciones protagónicas de ambos países, en la dirección

* Investigador del Centro de Estudios Históricos de El Colegio de México; e-mail: <rerojas@colmex.mx>.

¹ *Cuadernos Americanos*, núm. 1 (enero-febrero de 1942), p. 3.

² *Ibid.*, p. 4.

editorial de *Cuadernos Americanos*, enlazaba en una misma política intelectual, con la mira puesta en el mundo americano, el exilio republicano y la cultura poscardenista. Con los años se producirían algunos cambios en aquella nómina —saldrían Ortiz de Montellano y Millares Carlo y entrarían León Felipe y José Gaos, Antonio Carrillo Flores y Manuel Sandoval Vallarta—, pero el equilibrio se mantuvo y la dirección y la secretaría de la revista permanecieron en manos de Jesús Silva Herzog y Juan Larrea durante décadas.

Cuadernos Americanos fue una plataforma estratégica de proyección del latinoamericanismo mexicano durante la Guerra Fría. En las páginas que siguen haremos un recorrido por el tratamiento que la revista dio a la gran pugna ideológica hemisférica que estalló tras la Segunda Guerra Mundial. En el choque entre el comunismo y la democracia, que en América Latina no sólo adoptó la forma de la tensión geopolítica entre Estados Unidos y la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS) sino la de una constante afirmación de los nacionalismos regionales frente a la hegemonía de Washington, *Cuadernos Americanos* delineó una postura con amplia capacidad de persuasión al sur del continente.³

La posición de América

UNO de los primeros gestos de Guerra Fría que se observan en *Cuadernos Americanos* es el de la temprana adscripción a un humanismo occidental progresista, como referente que permitía movilizar energías críticas contra varios frentes: el fascismo, el comunismo y el imperialismo. El primero de los ensayos publicados, “Lo humano, problema esencial”, del director Silva Herzog, proponía rescatar el utopismo renacentista de Tomás Moro, Erasmo de Rotterdam y, sobre todo, Juan Luis Vives, en guiño al exilio republicano, con el fin de enfrentar la “hora trágica” que vivían

³ Sobre este conflicto y la izquierda mexicana, véanse varios artículos publicados en el *dossier* “México: Guerra Fría e historia política” de la revista *Historia Mexicana* (El Colegio de México), vol. 66, núm. 2 (262) (octubre-diciembre de 2016): Horacio Crespo, “El comunismo mexicano y la lucha por la paz en los inicios de la Guerra Fría”, pp. 653-723; Vanni Pettinà, “¡Bienvenido Mr. Mikoyan!: tacos y tractores a la sombra del acercamiento soviético-mexicano, 1958-1964”, pp. 793-852; y Soledad Loaeza, “La fractura mexicana y el golpe de 1954 en Guatemala”, pp. 725-791.

América y Europa ante la alianza del fascismo italiano, el nazismo alemán y el franquismo español.⁴

Luego Manuel J. Sierra entraba más directamente en el tema de la posición de América Latina ante la guerra, al reseñar la evolución de la política de Estados Unidos entre la Doctrina Monroe de John Quincy Adams y la del Buen Vecino de Franklin Delano Roosevelt. Al final del ensayo, no sin exaltación, Sierra afirmaba que la política de Roosevelt era una corrección histórica de la premisa expansionista que había guiado a Washington en sus relaciones con América Latina y el Caribe desde los tiempos de Bolívar. De hecho, Roosevelt, según Sierra, era un valedor del legado de “unión y solidaridad continental” de Bolívar a mediados del siglo xx: “Franklin Roosevelt guía el destino de su pueblo por el camino que ilumina el relámpago de Bolívar”.⁵

Tras la Conferencia de Río de Janeiro, en enero de 1942, donde México, Colombia y Venezuela promovieron la ruptura de relaciones con Alemania, Sierra volvió a escribir en la revista. Esta vez el ensayista observaba una superación del panamericanismo mal entendido en el cónclave de Río, donde una vez más había vencido la tradición bolivariana al producirse un claro consenso antifascista en América Latina. La reticencia de Argentina a la ruptura con Alemania era interpretada por Sierra en clave histórica, recordando que el Río de la Plata había tenido múltiples objeciones a la convocatoria del Congreso de Panamá por Bolívar.⁶

En otro ensayo aparecido en aquel segundo número, Alfonso Reyes daba mayor espesor intelectual a la tesis de una alianza antifascista panamericana. Reyes reafirmaba, en otro guiño al exilio republicano, la existencia de un “sentido” y una “herencia” ibéricas en la cultura americana.⁷ Pero recomendaba que la proyección internacional de América en medio de la guerra combinara ese sentido con otro, que llamaba “autóctono”, que no rehuyera el

⁴ Jesús Silva Herzog, “Lo humano, problema esencial”, *Cuadernos Americanos*, núm. 1 (enero-febrero de 1942), pp. 9-16.

⁵ Manuel J. Sierra, “De Monroe a Roosevelt: la política del ‘buen vecino’”, *Cuadernos Americanos*, núm. 1 (enero-febrero de 1942), pp. 17-32, p. 31.

⁶ Manuel J. Sierra, “La Conferencia de Río de Janeiro: boceto preliminar”, *Cuadernos Americanos*, núm. 2 (marzo-abril de 1942), pp. 46-49, p. 47.

⁷ Alfonso Reyes, “América y los *Cuadernos Americanos*”, *Cuadernos Americanos*, núm. 2 (marzo-abril de 1942), pp. 7-10, pp. 8-9.

diálogo con la otra América, la anglosajona del norte.⁸ El ensayo de Reyes sentaba la pauta para un americanismo dialógico que en los números siguientes seguirán autores como Waldo Frank y Leopoldo Zea.

Para el primero, ambas Américas, la del Norte y la del Sur, eran “dos medios mundos” que se complementaban y necesitaban mutuamente.⁹ En una reformulación más del *Ariel* de Rodó, Frank decía que a Estados Unidos le hacía falta el mestizaje y la espiritualidad latinoamericanos, mientras América Latina requería del progreso material de Estados Unidos. Zea, en cambio, defenderá un “americanismo filosófico” que, desde entonces, no sólo contraponía lo americano a lo europeo sino que depositaba las mayores expectativas de renovación filosófica en Hispanoamérica, ya que en la América sajona “todo se reduce a números: tantos dólares o tantos metros”.¹⁰ En su afán de emular a Europa, Estados Unidos “no ha demostrado capacidad cultural, sino simplemente técnica”.¹¹

Aunque la guerra transmitía una atmósfera de solidaridad hemisférica contra el fascismo, el nacionalismo latinoamericanista no dejaba de afirmarse frente a la potencia hegemónica del norte. Mientras el presidente Manuel Ávila Camacho llamaba a cerrar filas con Estados Unidos contra el fascismo, Javier Márquez recordaba que la “liberación económica” de América Latina, frente a Europa y Estados Unidos, estaba pendiente.¹² Pero la entrada de Gran Bretaña y Estados Unidos en la guerra generaba, además, una alianza de facto con la Unión Soviética, que también se reflejó en las páginas de *Cuadernos Americanos*. Una reseña elogiosa del libro *Misión en Moscú* (1942) de Joseph E. Davies, ex embajador de Roosevelt en el Kremlin, escrita por Emigdio Martínez Adame, concluía que las purgas estalinistas de los años treinta estaban justificadas como

⁸ *Ibid.*, p. 8.

⁹ Waldo Frank, “Los dos medios mundos americanos”, *Cuadernos Americanos*, núm. 3 (mayo-junio de 1942), pp. 29-42, p. 38.

¹⁰ Leopoldo Zea, “En torno a una filosofía americana”, *Cuadernos Americanos*, núm. 3 (mayo-junio de 1942), pp. 63-78, p. 70.

¹¹ *Ibid.*

¹² Manuel Ávila Camacho, “México en guerra”, *Cuadernos Americanos*, núm. 4 (julio-agosto de 1942), pp. 7-15; Javier Márquez, “Liberación económica de América Latina”, en *ibid.*, pp. 27-46.

un medio eficaz de “protegerse [...] de un levantamiento interior” y del “ataque [nazi] que germinaba más allá de sus fronteras”.¹³

La amistosa polémica entre el mexicano José Iturriaga y el español Juan Larrea sobre la herencia europea en América hizo más visible que el eje de tensiones ideológicas se colocaba en el Atlántico.¹⁴ Pero junto con un posicionamiento frontalmente crítico contra los fascismos europeos, *Cuadernos Americanos* intentó una visión comprensiva del fenómeno soviético. En un documentado artículo del antropólogo Miguel Othón de Mendizábal, quien había sido asesor de asuntos indígenas durante el gobierno de Lázaro Cárdenas, se hacía una reconstrucción muy positiva de la política de nacionalidades del gobierno de Stalin, plasmada en el artículo 123 de la Constitución de 1936. El artículo concluía con esta exhortación a las potencias occidentales antifascistas:

Muy difícil es pronosticar si las grandes naciones aliadas sabrán aprovechar, en el futuro, esta gran lección de política social, pues esto dependerá, en primer término, de la situación del proletariado de los diversos países en la post-guerra, y de su posición clasista. El problema de las minorías nacionales es un problema democrático, que puede resolverse, o se ha resuelto ya, por medidas democráticas burguesas; pero ¿cómo resolver a fondo, dentro del régimen capitalista, el problema de las nacionalidades oprimidas y de los grupos étnicos, que requiere el previo requisito de la colectivización de los medios e instrumentos de la producción económica y de la dictadura de los proletariados regionales?¹⁵

Tanto el latinoamericanismo antiyanqui de Zea como el prosovietismo indigenista y agrarista de Mendizábal suscitaban reacciones indirectas en otros colaboradores de la revista como el venezolano Mariano Picón Salas y el peruano Víctor Raúl Haya de la Torre. El venezolano llamaba la atención sobre los prejuicios contra el desarrollo intelectual de Estados Unidos en los medios académicos latinoamericanos. Era cierto, según Picón Salas, que en ese país regía una “publicidad multitudinaria”, pero no menos cierto que,

¹³ Emigdio Martínez Adame, reseña de *Misión en Moscú*, *Cuadernos Americanos*, núm. 4 (julio-agosto de 1942), pp. 55-60, p. 57.

¹⁴ José E. Iturriaga y Juan Larrea, “Hacia una definición de América: dos cartas”, *Cuadernos Americanos*, núm. 6 (noviembre-diciembre de 1942), pp. 7-33.

¹⁵ Miguel O. de Mendizábal, “El problema de las nacionalidades oprimidas y su resolución en la URSS”, *Cuadernos Americanos*, núm. 6 (noviembre-diciembre de 1942), pp. 34-45, p. 45.

“junto a ese tipo de cultura superficial”, había un “magnífico trabajo en las universidades americanas”, en “pequeños círculos de intelectuales y artistas” y en las sofisticadas “revistas de poesía y filosofía que se venden en los quioscos de periódicos”. El sentido pleno de la política del “buen vecino” de Roosevelt debía incluir una mejor comunicación intelectual entre las dos Américas, que revirtiese los mutuos estereotipos.¹⁶

Haya de la Torre, por su parte, enfilaba su crítica hacia las pasivas asimilaciones de regímenes autoritarios, en América Latina, tan sólo por el hecho de ser antifascistas. El cuestionamiento del líder de la Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA) no sólo incluía a la Unión Soviética y los partidos comunistas sino a dictaduras de derecha como las de Santo Domingo, Nicaragua, Guatemala, El Salvador y Perú, y a proyectos populistas como el brasileño.¹⁷ Dictadores como Rafael Leónidas Trujillo o Anastasio Somoza García se adherían a la alianza hemisférica para lavar su imagen ante la comunidad internacional. Haya de la Torre pensaba que los frentes amplios debían responder a una identidad política democrática.

Eso que Reyes llamó la “posición de América”, lo mismo para la cultura como para la política, estaba ligada a la “posibilidad de armonía continental”.¹⁸ Desde la cultura había suficientes elementos para que esa armonía se volcara a favor de algún rescate del “sueño de Bolívar”.¹⁹ Pero Reyes advertía, como Haya de la Torre, que existían resistencias a la integración en el afianzamiento de algunos autoritarismos en la región. A pesar de ello, su pronóstico era optimista: “las resistencias que aún persisten creemos que están llamadas a desaparecer en la absorción democrática”.²⁰ Más difícil, agregaba Reyes, le parecía que cada Estado nacional acomodara sus prioridades al “ideal de la plena integración como norma orientadora”.²¹

¹⁶ Mariano Picón Salas, “Sentido de la buena vecindad”, *Cuadernos Americanos*, núm. 1 (enero-febrero de 1943), pp. 12-20, p. 18.

¹⁷ Víctor Raúl Haya de la Torre, “¿Hay que ganar la guerra por la democracia aun en alianza y en compromiso con los enemigos de la democracia?”, *Cuadernos Americanos*, núm. 1 (enero-febrero de 1943), pp. 21-25, pp. 21-22.

¹⁸ Alfonso Reyes, “Posición de América”, *Cuadernos Americanos*, núm. 2 (marzo-abril de 1943), pp. 7-23, p. 15.

¹⁹ *Ibid.*, p. 19.

²⁰ *Ibid.*

²¹ *Ibid.*

Cuadernos Americanos administró con cuidado esa fricción entre el nacionalismo latinoamericanista y el cosmopolitismo occidentalista, entre liberales y socialistas, hispanistas y panamericanistas, sin dejar de abrir un flanco de debate sobre la institucionalización del proceso revolucionario mexicano, después del cardenismo. El ensayo del director Jesús Silva Herzog, “La Revolución Mexicana en crisis” (1943), fue la primera de una serie brillante de entregas sobre la decadencia de algunas premisas doctrinales y políticas públicas estratégicas del México posrevolucionario, como las relacionadas con la reforma agraria, la educación popular y la legislación obrera.²²

En aquellos primeros textos, Silva Herzog proponía como solución a la crisis, la vuelta a los propios principios de la Revolución. Muy pronto, sobre todo tras la llegada a la presidencia de Miguel Alemán Valdés, tanto él como Daniel Cosío Villegas accederían a un cuestionamiento más profundo afirmando la caducidad o el fin del fenómeno revolucionario. Sin embargo, aquel giro en relación con la periodización de la experiencia revolucionaria en México no removió sino que reafirmó la tesis de que con la Revolución Mexicana, especialmente desde la gestión de José Vasconcelos al frente de la UNAM y la Secretaría de Educación Pública, durante el gobierno de Álvaro Obregón, se había iniciado una política cultural con un fuerte acento latinoamericanista.²³ El jurista Oscar Morineau coincidía con Silva Herzog en su diagnóstico sobre la crisis del régimen posrevolucionario, pero llamaba a recuperar aquellos principios para asignar un papel humanista a América Latina tras la Segunda Guerra Mundial.²⁴

El fin de la guerra y la reanudación, sobre nuevas bases geopolíticas, del conflicto entre el agrandado bloque soviético y Occidente, arreció las contradicciones. A pesar de las llamadas de atención de Picón Salas, sobre la importancia del hispanoamericanismo académico estadounidense, Zea perfiló aún más su contraposición entre la América sajona del Norte y la América latina del Sur y llamó a que

²² Jesús Silva Herzog, “La Revolución Mexicana en crisis”, *Cuadernos Americanos*, núm. 5 (septiembre-octubre de 1943), pp. 32-55, pp. 52-55.

²³ Leopoldo Zea, “México en Iberoamérica”, *Cuadernos Americanos*, núm. 6 (noviembre-diciembre de 1946), pp. 36-52, pp. 41-45.

²⁴ Oscar Morineau, “Aportación de la América Latina al mundo de la post-guerra”, *Cuadernos Americanos*, núm. 1 (enero-febrero de 1944), pp. 14-30, pp. 25-30.

las repúblicas hispanoamericanas aspiraran a una apropiación de la tecnología más avanzada para reproducir un ideal de cultura, que sería, desde el punto de vista humanista, una alternativa tanto a Estados Unidos como a la URSS.²⁵ Rafael Heliodoro Valle, por su lado, se preguntaba, con escepticismo, si tras el fin de la guerra, Estados Unidos mantendría la política del “buen vecino” y no regresaría a alguna nueva versión de la “diplomacia del dólar o las cañoneras”.²⁶

La posguerra facilitó el acceso a visiones de la realidad internacional que atisbaban el mundo bipolar y que, de una u otra forma, establecían una equivalencia entre las legitimidades de Estados Unidos y la URSS como potencias globales. Un original artículo de Guillermo Díaz Doin sostenía el argumento de que la dimensión mundial de la Revolución Rusa fue más un deseo que una realidad, desde los tiempos de Lenin, por lo que la lógica stalinista del “socialismo en un solo” país había resultado ser la vencedora en la pugna entre los grandes líderes bolcheviques.²⁷ La Unión Soviética y sus satélites, según Díaz Doin, se convertirían en un poderoso polo mundial que debía ser tomado en cuenta desde América Latina. Y concluía: “la Rusia ‘comunista’ no representaba un peligro para el mundo, sino todo lo contrario: un factor de seguridad internacional”.²⁸

La inquietud sobre la regresión de la política exterior de Estados Unidos en la Guerra Fría se mantuvo en *Cuadernos Americanos* en la segunda mitad de los años cuarenta. Todavía Manuel J. Sierra y Daniel Cosío Villegas, en sendas notas sobre la conferencia panamericana de Chapultepec, proyectaban una imagen esperanzadora del diálogo y la colaboración entre las Américas, en el arranque de la posguerra.²⁹ Cosío Villegas llegaba a decir que Estados Unidos ni siquiera había interpretado su tradicional papel de “villano” en la conferencia, que “no estuvo imperialista, ni tuvo fines aviesos, ni quiso imponer” u oponerse “a los deseos y exigencias de los

²⁵ Leopoldo Zea, “Las dos Américas”, *Cuadernos Americanos*, núm. 2 (marzo-abril de 1944), pp. 7-20, pp. 19-20.

²⁶ Rafael Heliodoro Valle, “América Latina en el mundo de la post-guerra”, *Cuadernos Americanos*, núm. 3 (mayo-junio de 1944), pp. 7-17, pp. 15-17.

²⁷ Guillermo Díaz Doin, “El sentido nacional de la Revolución Rusa”, *Cuadernos Americanos*, núm. 4 (julio-agosto de 1944), pp. 35-43, pp. 39-40.

²⁸ *Ibid.*, p. 43.

²⁹ Manuel J. Sierra, “La conferencia de Secretarios de Relaciones celebrada en México”, *Cuadernos Americanos*, núm. 2 (marzo-abril de 1945), pp. 50-64, pp. 62-64.

latinoamericanos”.³⁰ Pero aquella complacencia se deshizo bruscamente en la segunda mitad de la década.

Una Guerra Fría hemisférica

CONFORME avanzaba la Guerra Fría, aquella “armonía continental” que esbozaba Alfonso Reyes fue rebasada por una partición ideológica de las Américas, más aguda que la que anunciaba Leopoldo Zea. El economista Gustavo Polit, que había criticado el avance de los intereses económicos de Estados Unidos en la región, durante el periodo de la “buena vecindad”, sostuvo desde 1946 que los mejores gestos de la política exterior de Roosevelt habían sido abandonados por una nueva versión de la “diplomacia del dólar” y el “gran garrote”.³¹ Según Polit, Estados Unidos estaba renovando su poderío económico en el hemisferio a partir de un control monopolista sobre las materias primas latinoamericanas, especialmente en la minería, el petróleo y otros recursos energéticos y agropecuarios. Ese poderío no era independiente del incremento de la hegemonía política y militar que contaba con el respaldo de las derechas anticomunistas de la región.³² En una tercera entrega en *Cuadernos Americanos*, Polit hablaba de una “geopolítica de los minerales”, en la que los monopolios norteamericanos limitaban la compra de recursos naturales por parte de la URSS e impedían la industrialización nacional en América Latina.³³

Cosío Villegas, que en su influyente ensayo “La crisis de México” había señalado que las grandes demandas de la Revolución Mexicana habían sido rebasadas, ya fuera por su cumplimiento o por su desfase, y que siempre había defendido el marco interamericano en las relaciones exteriores, también rechazaba sutilmente la nueva política de Washington hacia América Latina en la naciente

³⁰ Daniel Cosío Villegas, “La conferencia de Chapultepec”, *Cuadernos Americanos*, núm. 3 (mayo-junio de 1945), pp. 18-45, p. 21.

³¹ Gustavo Polit, “Variaciones sobre el tema de la buena vecindad”, *Cuadernos Americanos*, núm. 5 (septiembre-octubre de 1946), pp. 24-42, p. 27; Gustavo Polit, “La América Latina ante el momento económico”, *Cuadernos Americanos*, núm. 1 (enero-febrero de 1946), pp. 7-31.

³² Polit, “Variaciones sobre el tema de la buena vecindad” [n. 31], pp. 28-29 y 37-42.

³³ Gustavo Polit, “Los minerales y la industrialización”, *Cuadernos Americanos*, núm. 1 (enero-febrero de 1947), pp. 26-43, pp. 37-43.

Guerra Fría.³⁴ En una “Mesa rodante”, que en 1947 la revista dedicó al tema del “imperialismo y la buena vecindad”, casi todos los invitados (Cosío Villegas, Silva Herzog, el norteamericano Waldo Frank, el cubano Fernando Ortiz, el venezolano Picón Salas, el costarricense Joaquín García Monge y el argentino Ezequiel Martínez Estrada) lamentaron que la política rooseveltiana fuera cancelada por un rearme del intervencionismo norteamericano en la región. Allí Cosío Villegas concluía que el dilema de la nueva polaridad americano-soviética para América Latina podía resumirse en que “Estados Unidos no puede forzar a la América hispánica a seguirlo contra su voluntad más allá de cierto punto, ni ésta puede apartarse deliberadamente de ese camino más allá de ciertos límites”.³⁵

En un par de ensayos más, recogidos en su libro *Extremos de América* (1949), Cosío Villegas esclarecería su posición frente a la Guerra Fría latinoamericana. El historiador pensaba que tanto para América Latina como para México era indispensable una buena relación, pero no a cualquier precio. Comenzaba Cosío Villegas haciendo un recuento histórico y económico de la “disparidad” entre Estados Unidos y México.³⁶ Pero el poderío económico y militar del vecino del norte no propiciaba únicamente ventajas, ya que en el contexto de la Guerra Fría surgían mayores alternativas. México debía aprovechar ese nuevo contexto y establecer límites precisos en una defensa estratégica de la soberanía nacional.

En una conferencia en Buenos Aires, en el verano de 1947, Cosío Villegas estableció que la división del “mundo de hoy [en] dos centros de gravitación, Washington y Moscú” obligaba a América Latina, no a tomar partido por uno u otro, sino a practicar un doble juego de atracción e ingravidez, acercamiento y resistencia, que contribuyera al desarrollo económico y la defensa de los intereses nacionales y regionales.³⁷ Desde una perspectiva más pragmática,

³⁴ Daniel Cosío Villegas, “Los problemas de América”, *Cuadernos Americanos*, núm. 2 (marzo-abril de 1949), pp. 7-23, pp. 7-8; Daniel Cosío Villegas, “La crisis de México”, *Cuadernos Americanos*, núm. 2 (marzo-abril de 1947), pp. 29-51.

³⁵ Daniel Cosío Villegas *et al.*, “Imperialismo y buena vecindad”, *Cuadernos Americanos*, núm. 5 (septiembre-octubre de 1947), pp. 64-88, p. 88.

³⁶ Daniel Cosío Villegas, “México y Estados Unidos”, *Cuadernos Americanos*, núm. 6 (noviembre-diciembre de 1947), pp. 7-27, p. 10.

³⁷ Daniel Cosío Villegas, “Rusia, Estados Unidos y la América hispana”, *Cuadernos Americanos*, núm. 1 (enero-febrero de 1948), pp. 40-58, p. 41.

Cosío Villegas coincidía con Zea en que a América Latina le sobraba capital cultural, pero necesitaba, en cambio, capital económico y político. Si la URSS ofrecía apoyo científico, tecnológico o comercial había que tomarlo, sin desconocer los riesgos de cualquier compromiso con Moscú. El problema, según el historiador, era que la Unión Soviética no parecía estar en condiciones de transferir gran cantidad de recursos a América Latina.³⁸ Y Estados Unidos sí, lo cual colocaba a la región en una posición vulnerable frente al relanzamiento de la hegemonía norteamericana.

En el arranque de la Guerra Fría, *Cuadernos Americanos* contaba con una plataforma intelectual sumamente propicia para trazar una línea sofisticada frente al mundo bipolar. El director Silva Herzog lo sugirió en su ensayo “La cultura y la paz”, en el que, sin respaldar explícitamente al naciente Consejo Mundial por la Paz que impulsaban los partidos comunistas, llamaba a las grandes potencias occidentales a actuar con responsabilidad para evitar una tercera guerra.³⁹ La intimidad de *Cuadernos Americanos* con el Fondo de Cultura Económica, fundado y dirigido por Cosío Villegas, se hacía visible en aquel ensayo por medio de citas recurrentes de Max Weber, Harold Laski y Karl Mannheim, tres autores centrales en el catálogo de la gran editorial pública mexicana.

Para entonces la revista ya había publicado intervenciones sobre algunas experiencias políticas latinoamericanas, como el aprismo peruano y el peronismo argentino, que demostraban una inclinación más clara a favor del nacionalismo revolucionario que del populismo clásico. Haya de la Torre era un autor frecuente en la publicación y Manuel Vázquez Díaz sostenía que, en 1945, tras dos periodos de ilegalidad, bajo los gobiernos de Manuel Odría y Luis Miguel Sánchez Cerro, los apristas habían llegado al poder en alianza con Manuel Prado Ugarteche. Para Vázquez Díaz el triunfo del aprismo estaba ligado al impacto de la Revolución Mexicana en América Latina: “la Revolución Mexicana es la causa de México,

³⁸ *Ibid.*, pp. 46-50.

³⁹ Jesús Silva Herzog, “La cultura y la paz”, *Cuadernos Americanos*, núm. 1 (enero-febrero de 1948), pp. 7-21, pp. 18-21. El énfasis en “la paz” se enmarca en las tensiones entre Estados Unidos y la URSS en el arranque de la Guerra Fría: Patrick Iber, *Neither peace nor freedom: the cultural Cold War in Latin America*, Cambridge, MA, Harvard University Press, 2015, pp. 19-48.

[y] la causa de México ha triunfado también al triunfar el aprismo en el Perú”.⁴⁰

La visión del peronismo siempre fue crítica en *Cuadernos Americanos* desde que Sergio Bagú caracterizara aquel fenómeno político como una transformación capitalista del Estado. Bagú sostenía que Perón no era fascista pero pensaba que su régimen podía suscitar la “plasticidad [del fascismo] para adaptarse a las nuevas necesidades”.⁴¹ La “realidad revolucionaria” argentina no era el peronismo en sí, sino la movilización socialista y radical en las bases de un movimiento popular que seguía a un líder que prometía aumentos salariales y reformas económicas y sociales. La misma línea crítica del peronismo se lee en artículos del filósofo Risieri Frondizi, quien cuestionó severamente la intervención de las universidades por el gobierno de Perón, el abandono de los preceptos de la Reforma Universitaria de 1918 y la expulsión masiva de profesores disidentes en 1946.⁴²

La inclinación de *Cuadernos Americanos* por una izquierda nacionalista democrática pudo comprobarse en 1948, cuando el golpe de Estado de la junta militar venezolana, encabezada por Carlos Delgado Chalbaud, Marcos Pérez Jiménez y Luis Llovera Páez, derrocó al presidente electo, el novelista Rómulo Gallegos. A nombre de la revista, Jesús Silva Herzog, Juan Larrea, Alfonso Reyes, Daniel Cosío Villegas, Eugenio Ímaz y Manuel Márquez, enviaron una carta abierta a Gallegos, en la que se solidarizaban con el presidente derrocado, con su predecesor Rómulo Betancourt y el partido Acción Democrática.⁴³ El “mensaje democrático” aparecía seguido de otra carta de Andrés Iduarte, intelectual revolucionario tabasqueño, quien fuera muchos años profesor de la Universidad de Columbia y, luego, en los años cincuenta, director del Instituto Nacional de Bellas Artes. Iduarte, gran admirador de la literatura de Gallegos, equiparaba su derrocamiento con el del presidente

⁴⁰ Manuel Vázquez Díaz, “El triunfo del aprismo en el Perú: su trayectoria, significado y perspectivas”, *Cuadernos Americanos*, núm. 5 (septiembre-octubre de 1945), pp. 56-67, p. 67.

⁴¹ Sergio Bagú, “Argentina, una realidad revolucionaria”, *Cuadernos Americanos*, núm. 3 (mayo-junio de 1946), pp. 7-41, p. 37.

⁴² Risieri Frondizi, “Las universidades argentinas bajo el régimen de Perón”, *Cuadernos Americanos*, núm. 2 (marzo-abril de 1948), pp. 40-60, pp. 50-51.

⁴³ “Mensajes democráticos”, *Cuadernos Americanos*, núm. 1 (enero-febrero de 1949), pp. 7-8.

Francisco I. Madero en México, fundador, a su juicio, de la democracia revolucionaria latinoamericana del siglo xx.⁴⁴

Conforme se iban produciendo golpes de Estado y se instalaban juntas militares anticomunistas, respaldadas por Estados Unidos, *Cuadernos Americanos* fue posicionándose críticamente en artículos antiimperialistas como los de Manuel Moreno Sánchez y Jorge L. Tamayo o antiautoritarios como el de Silva Herzog contra las dictaduras.⁴⁵ Advertía el director de la revista, al finalizar la década de los cuarenta, que en la región avanzaba un militarismo conservador que se manifestaba por medio de una secuencia que iba del “cuartelazo” a la instalación de la “junta”.⁴⁶ Lo novedoso de esas dictaduras, decía, era que no dependían de un solo hombre, como las de Victoriano Huerta, Juan Vicente Gómez o Gerardo Machado. Poco a poco, cuando aquellas dictaduras fueron acoplándose al anticomunismo militarista y conservador de la Guerra Fría (Pérez Jiménez, Rojas Pinilla, Batista, Castillo Armas...), Silva Herzog debió corregir su percepción.

La visión crítica de *Cuadernos Americanos* sobre todas aquellas dictaduras anticomunistas de los años cincuenta, especialmente en países de la región centroamericana y caribeña (Venezuela, Colombia, Cuba, República Dominicana, Nicaragua), era compartida por los gobiernos de Miguel Alemán Valdés y Adolfo Ruiz Cortines, que facilitaron la articulación de la red revolucionaria conocida como “Legión del Caribe” en aquellos años. A la vez que daba su propia versión de la “cuestión de la paz”, que intentaban monopolizar los comunistas, *Cuadernos Americanos* se solidarizó con los movimientos revolucionarios antidictatoriales de la región, que eran vistos con recelo por Moscú.⁴⁷

Germán Arciniegas criticó la dictadura colombiana, Vicente Sáenz la somocista, Raúl Roa la batistiana, Luis Cardoza y Aragón y

⁴⁴ Andrés Iduarte, “Carta a Rómulo Gallegos”, *Cuadernos Americanos*, núm. 1 (enero-febrero de 1949), pp. 8-15, p. 14.

⁴⁵ Manuel Moreno Sánchez, “El imperialismo en América Latina”, *Cuadernos Americanos*, núm. 4 (julio-agosto de 1948), pp. 54-66; Jorge L. Tamayo, “Lo que perdimos y lo que nos queda”, *Cuadernos Americanos*, núm. 4 (julio-agosto de 1948), pp. 31-53.

⁴⁶ Jesús Silva Herzog, “Las juntas militares de gobierno”, *Cuadernos Americanos*, núm. 4 (julio-agosto de 1949), pp. 7-13, p. 9.

⁴⁷ Agustín Yáñez, “Imposición de la paz”, *Cuadernos Americanos*, núm. 6 (noviembre-diciembre de 1949), pp. 18-24; sobre la Legión del Caribe véase Charles D. Ameringer, *La Legión del Caribe: patriotas, políticos y mercenarios, 1946-1950*, Santo Domingo, Academia Dominicana de la Historia, 2015, pp. 25-40.

Dardo Cúneo la guatemalteca y Jesús de Galíndez la dominicana.⁴⁸ América Latina, como diría Arciniegas, comenzaba a “descuaderarse” y en aquel avance de la desintegración intervenían de manera protagónica Estados Unidos y las derechas anticomunistas, pero también una izquierda prosoviética decidida a neutralizar las revoluciones democráticas. Jesús Silva Herzog tuvo que volver sobre el tema de las dictaduras y reconocer la enorme responsabilidad del macartismo estadounidense en la proliferación de regímenes autoritarios en América Latina.⁴⁹ Domingo Alberto Rangel coincidía con Silva Herzog en que las dictaduras de derecha habían hecho causa común con el macartismo norteamericano, que les ofrecía una doctrina de seguridad nacional para quebrar las democracias.⁵⁰

Uno de los momentos de mayor tensión en *Cuadernos Americanos* debió ser cuando publicó el discurso del canciller Luis Padilla Nervo en la décima Conferencia Interamericana de Caracas, en marzo de 1954, a la que asistieron representantes de casi todas las dictaduras anticomunistas de la región.⁵¹ En aquella reunión de Caracas, el secretario de Estado norteamericano John Foster Dulles propuso que, a partir de los acuerdos del Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca (TIAR) en Río de Janeiro, los gobiernos latinoamericanos adoptaran las mismas medidas de prohibición de actividades comunistas que aplicaba el macartismo. México no se opuso, como la Guatemala de Arbenz, sino que, junto con Argentina, se abstuvo de apoyar la propuesta de Dulles. *Cuadernos Americanos* reprodujo, entonces, un largo artículo de Isidro Fabela en *Excelsior* donde se cuestionaba la abstención pero se respaldaban las declaraciones del presidente Ruiz Cortines en el sentido de que el anticomunismo

⁴⁸ Vicente Sáenz, “Centroamérica en el torbellino de la bomba atómica”, *Cuadernos Americanos*, núm. 6 (noviembre-diciembre de 1949), pp. 50-77; Germán Arciniegas, “La dictadura en Colombia”, *Cuadernos Americanos*, núm. 1 (enero-febrero de 1950), pp. 7-33; José Rubia Barcia, “Carta abierta a Raúl Roa”, *Cuadernos Americanos*, núm. 4 (julio-agosto de 1952), pp. 69-74; Luis Cardoza y Aragón, “Guatemala y el imperio bananero”, *Cuadernos Americanos*, núm. 2 (marzo-abril de 1954), pp. 19-45; Dardo Cúneo, “Ingreso a Guatemala”, *Cuadernos Americanos*, núm. 4 (julio-agosto de 1954), pp. 44-78; Jesús de Galíndez, “Un reportaje sobre Santo Domingo”, *Cuadernos Americanos*, núm. 2 (marzo-abril de 1955), pp. 37-56.

⁴⁹ Jesús Silva Herzog, “Reflexiones sobre las dictaduras”, *Cuadernos Americanos*, núm. 4 (julio-agosto de 1952), pp. 57-63, p. 60.

⁵⁰ Domingo Alberto Rangel, “Una interpretación de las dictaduras latinoamericanas”, *Cuadernos Americanos*, núm. 5 (septiembre-octubre de 1954), pp. 33-42.

⁵¹ Luis Padilla Nervo, “México en Caracas”, *Cuadernos Americanos*, núm. 3 (mayo-junio de 1954), pp. 45-56.

amenazaba el principio de no intervención, la plena soberanía de las naciones y los derechos civiles y políticos de los latinoamericanos.⁵²

En pocos momentos quedó más clara la posición de México ante la Guerra Fría que en aquella primavera. Por medio del artículo de Fabela, *Cuadernos Americanos* adoptó un enfoque crítico de la abstención mexicana, que demandaba un distanciamiento del anticomunismo norteamericano. Que aquel rechazo al macartismo, por lo antidemocrático y antisoberano que podía ser en relación con América Latina, no implicaba mayor identificación con el modelo soviético pudo verse muy pronto, en el apasionado ensayo “Mitología del movimiento obrero” de Víctor Alba, el trotskista catalán, ex militante del Partido Obrero de Unificación Marxista (POUM), que proponía la formulación de un nuevo internacionalismo en contra del nativismo estalinista ruso.⁵³

Un golpe de Estado que no concitó mayores reacciones en *Cuadernos Americanos* fue el de 1955 contra el gobierno de Juan Domingo Perón en Argentina. En el último número de aquel año, Arnaldo Orfila Reynal, director del Fondo de Cultura Económica, hizo una acre descripción de la experiencia peronista, que desde las primeras líneas calificaba a Perón y su grupo como pseudo-revolucionarios “con ridícula voluntad de imperio”, como Hitler, Mussolini y Franco.⁵⁴ A diferencia del propio Perón y sus ideólogos, Orfila Reynal veía en junio de 1943, no el inicio de una Revolución, sino la metamorfosis de una dictadura por obra de un golpe de Estado. Una dictadura que, llega a decir, introduce importantes elementos de “totalitarismo social”.⁵⁵

Según el importante editor, las fricciones iniciales de Perón con el imperialismo y la Iglesia católica habían derivado en una mayor complicidad con el capital extranjero y el Vaticano. El legado en materia de política exterior era nulo y los enfrentamientos del peronismo con la cultura, las universidades y los periódicos era definido como una “guerra”.⁵⁶ La antipatía por el peronismo llevó a

⁵² Isidro Fabela, “La Conferencia de Caracas y la actitud anticomunista de México”, *Cuadernos Americanos*, núm. 3 (mayo-junio de 1954), pp. 7-44.

⁵³ Víctor Alba, “Mitología del movimiento obrero: el nacionalismo proletario”, *Cuadernos Americanos*, núm. 5 (septiembre-octubre de 1954), pp. 43-57.

⁵⁴ Arnaldo Orfila Reynal, “Breve historia y examen del peronismo”, *Cuadernos Americanos*, núm. 6 (noviembre-diciembre de 1955), pp. 7-37, p. 7.

⁵⁵ *Ibid.*, pp. 18-21.

⁵⁶ *Ibid.*, p. 30.

Orfila Reynal, como a muchos socialistas y comunistas argentinos, a justificar el golpe de Estado de la autollamada “Revolución Liberadora” de 1955. A su juicio, la dictadura peronista se había desmoronado y su caída no fue “obra exclusiva de las fuerzas armadas” sino de una “ciudadanía” que se le enfrentó durante doce años.⁵⁷

La Doctrina de México

A diferencia de publicaciones como *El Trimestre Económico*, *Cuadernos Americanos* no hizo análisis detenidos de la Revolución Boliviana de 1952, pero un artículo de Félix Gabriel Flores describió muy positivamente los efectos de la reforma agraria impulsada por Víctor Paz Estenssoro, por la cual más de tres millones de indígenas bolivianos adquirieron títulos de propiedad y se consolidó la nacionalización minera.⁵⁸ Artículos como el de Flores o el ya citado de Cardoza y Aragón sobre la Revolución Guatemalteca, demuestran el sesgo favorable de la revista hacia las izquierdas nacionalistas revolucionarias, en contra de las populistas argentinas y brasileñas. Esta inclinación pudo confirmarse muy pronto, tras el triunfo de la Revolución Cubana en enero de 1959.

A fines de la década, mientras *Cuadernos Americanos* publicaba a dirigentes de la izquierda democrática como Rómulo Betancourt, a intelectuales socialistas antiperonistas como Sergio Bagú, que llamaban a una rearticulación del movimiento progresista, y a apristas como Manuel Vázquez Díaz, que seguían siendo leales a las tesis de Víctor Raúl Haya de la Torre, fue derrocada la dictadura de Fulgencio Batista en Cuba.⁵⁹ La defensa de un izquierdismo democrático, tan distante del comunismo soviético como del maccartismo estadounidense, era perceptible lo mismo en las críticas a la intervención militar de Moscú en Hungría que en las diversas suscripciones del principio de la libertad de expresión en América

⁵⁷ *Ibid.*, p. 35.

⁵⁸ Félix Gabriel Flores, “Bolivia, país desconocido”, *Cuadernos Americanos*, núm. 2 (marzo-abril de 1956), pp. 19-31, pp. 25-26.

⁵⁹ Rómulo Betancourt, “¿A dónde va Venezuela?”, *Cuadernos Americanos*, núm. 6 (noviembre-diciembre de 1956), pp. 7-37; Manuel Vázquez Díaz, “Las tesis fundamentales del aprismo: a la luz del último libro de Haya de la Torre”, *Cuadernos Americanos*, núm. 6 (noviembre-diciembre de 1956), pp. 58-65; Sergio Bagú, “Diagrama político de la Argentina de hoy”, *Cuadernos Americanos*, núm. 6 (noviembre-diciembre de 1956), pp. 38-57.

Latina.⁶⁰ De hecho, autores como el gallego republicano Álvaro Fernández Suárez sostenían por aquellos años que la decadencia de la izquierda comunista, frente a alternativas socialistas y revolucionarias de carácter democrático, era indetenible.⁶¹

Las primeras noticias de la Revolución Cubana aparecieron en *Cuadernos Americanos* antes del triunfo, en 1958. El historiador yucateco Carlos Echánove Trujillo fue de los que iniciaron el debate sobre la experiencia cubana en la revista. El académico, que viajaba con frecuencia a la Isla, reconstruyó las grandes líneas de la insurrección cubana contra la dictadura de Fulgencio Batista, tras el golpe de Estado de marzo de 1952. Mencionaba el asalto al cuartel Moncada y las guerrillas de Fidel Castro en la Sierra Maestra, pero prestaba atención, también, al ambiente opositor del movimiento estudiantil de las tres universidades fundamentales de la Isla, la de La Habana, la de Santiago de Cuba y la Central de Las Villas.⁶²

En algún número de 1958 apareció también un artículo del dirigente comunista cubano Juan Marinello, pero no sobre Cuba, sino en homenaje a Diego Rivera, que acababa de fallecer en la Ciudad de México.⁶³ Más cerca de la vivencia de la Revolución estaba el fragmento del libro *México de mi destierro* (1958) de Raúl Roa, en el que contaba su exilio durante los años de la dictadura de Batista, que coincidieron con el gobierno de Adolfo Ruiz Cortines.⁶⁴ Curiosamente, en el último número de 1958, Mariano Picón Salas sostenía que la palabra *revolución* estaba tan gastada, por los demasiados usos desde la izquierda o la derecha, que ya era un Moloch que se había tragado “los sueños y esperanzas de varias generaciones”.⁶⁵ Concluía Picón Salas que “[no había] mito

⁶⁰ Luis Alberto Sánchez, “La libertad de la cultura en la América Latina”, *Cuadernos Americanos*, núm. 1 (enero-febrero de 1957), pp. 14-24; José E. Iturriaga, “Egipto, Hungría e Hispanoamérica”, *Cuadernos Americanos*, núm. 1 (enero-febrero de 1957), pp. 7-13.

⁶¹ Álvaro Fernández Suárez, “La crisis del comunismo”, *Cuadernos Americanos*, núm. 2 (marzo-abril de 1957), pp. 26-45.

⁶² Carlos A. Echánove T., “Cuba, vergüenza y ejemplo”, *Cuadernos Americanos*, núm. 1 (enero-febrero de 1958), pp. 42-55, p. 49.

⁶³ Juan Marinello, “Un aniversario americano”, *Cuadernos Americanos*, núm. 1 (enero-febrero de 1958), pp. 64-68.

⁶⁴ Raúl Roa, *México de mi destierro* (fragmento de un libro inédito), *Cuadernos Americanos*, núm. 4-5 (julio-octubre de 1958), pp. 94-123.

⁶⁵ Mariano Picón Salas, “A propósito de la Revolución”, *Cuadernos Americanos*, núm. 6 (noviembre-diciembre de 1958), pp. 31-42, p. 42.

de la época que convenga someter a más escueto y esclarecedor balance” que el de la Revolución.⁶⁶

A partir del año siguiente todo cambiaría y de manera acelerada. En una primera entrega, Enrique González Pedrero, intelectual y político tabasqueño, que había sido editor de *El Trimestre Económico*, y que se encontraba en La Habana desde diciembre de 1958, envió una crónica sobre la caída de Batista. Relataba González Pedrero el ambiente festivo que se expandía por las principales ciudades de la Isla a medida que la “caravana de la libertad”, encabezada por Fidel Castro, avanzaba desde Santiago de Cuba hasta La Habana. Observaba que la prensa norteamericana seguía con atención el acontecimiento y calificaba “el recibimiento de los habaneros como superior al que el pueblo norteamericano tributara, al finalizar la Segunda Guerra Mundial, a los generales MacArthur y Eisenhower. Esto lo dice todo”.⁶⁷ La crónica concluía con glosas de los primeros discursos de Fidel Castro en el Palacio Presidencial y en el cuartel Columbia, en los que suscribía la ideología del nacionalismo revolucionario caribeño.

Durante el resto de 1959, la Revolución Cubana y el entusiasmo que despertaba en la opinión pública de izquierda en México, tuvieron un reflejo implícito en artículos como los dedicados por Jesús Silva Herzog y Vicente Sáenz a la reforma agraria y al lugar de América Latina en el mundo. Silva Herzog reiteraba la tesis de que el reparto agrario se había estancado después del gobierno de Lázaro Cárdenas y llamaba a recuperar el impulso revolucionario.⁶⁸ Sáenz, por su parte, advertía un momento de reversión de las dictaduras, después de la caída de Pérez Jiménez en Venezuela y de Batista en Cuba, que debía ser aprovechado para relanzar la unidad latinoamericana sobre bases nacionalistas y democráticas.⁶⁹

También implícito era Gastón García Cantú al describir el dilema que se abría ante la política exterior mexicana en la Guerra Fría. Para el historiador mexicano la política exterior había experimentado un desdoblamiento durante el Estado posrevolucionario.

⁶⁶ *Ibid.*

⁶⁷ Enrique González Pedrero, “La caída de otra dictadura”, *Cuadernos Americanos*, núm. 2 (marzo-abril de 1959), pp. 25-35, p. 34.

⁶⁸ Jesús Silva Herzog, “La Reforma Agraria en México”, *Cuadernos Americanos*, núm. 4 (julio-agosto de 1959), pp. 7-41, p. 39.

⁶⁹ Vicente Sáenz, “Latinoamérica en el proceso actual del mundo”, *Cuadernos Americanos*, núm. 4 (julio-agosto de 1959), pp. 42-60, p. 58.

De un lado estaba la corriente soberanista que iba de la Doctrina Carranza a la diplomacia cardenista, con el apoyo a la República Española y la nacionalización petrolera. Del otro, la estrategia más realista y pragmática de los gobiernos poscardenistas, especialmente entre Miguel Alemán y Adolfo Ruiz Cortines. A partir del gobierno de Adolfo López Mateos, y con la cancillería en manos de Manuel Tello Barraud, México debía decidir si adoptaba una u otra modalidad. El historiador, lo mismo que el experimentado diplomático Isidro Fabela, era partidario de una vuelta a la diplomacia soberanista del periodo anterior a la Guerra Fría.⁷⁰

Desde fines de 1959 y hasta el otoño de 1962, cuando estalla la Crisis de los Misiles en el Caribe, Cuba pasará al plano explícito del debate sobre la política exterior de México en la Guerra Fría. Conforme evolucionaban las reformas emprendidas por la Revolución y se radicalizaba su orientación ideológica, tensando el vínculo con Estados Unidos, la revista ajustaba su posición sobre el fenómeno cubano. Todavía a fines de 1959, la crítica de arte cubana Loló de la Torriente presentaba la ideología del nuevo gobierno fuertemente comprometida con el pensamiento republicano e independentista de José Martí.⁷¹ En la primera mitad de 1960, cuando se producen las masivas expropiaciones de la agricultura, la industria, el comercio y los servicios, el lenguaje de la cobertura sobre Cuba comienza a girar en torno al dilema de la opción socialista.

La cúpula editorial de *Cuadernos Americanos* mantenía su apuesta por una izquierda no comunista en América Latina, como se lee en artículos de Leopoldo Zea,⁷² donde se intentaba una equidistancia (“la Guerra Fría se ha convertido en un mecanismo al servicio de los intereses de las potencias que la utilizan”, un *modus vivendi* de “enemigos, sosteniendo posturas y doctrinas antagónicas, los Estados Unidos y la URSS”),⁷³ o del propio Silva Herzog, quien más parcializado, llamaba a abrazar la “democracia social” frente a las democracias liberales tradicionales y los regímenes comunistas.

⁷⁰ Gastón García Cantú, “Las dos políticas exteriores de México”, *Cuadernos Americanos*, núm. 5 (septiembre-octubre de 1959), pp. 41-55, pp. 53-55.

⁷¹ Loló de la Torriente, “Realidad y esperanza en la política cubana”, *Cuadernos Americanos*, núm. 6 (noviembre-diciembre de 1959), pp. 35-65, pp. 46-48.

⁷² Leopoldo Zea, “Latinoamérica y la Guerra Fría”, *Cuadernos Americanos*, núm. 1 (enero-febrero de 1960), pp. 7-17, pp. 14-16.

⁷³ *Ibid.*, pp. 12 y 13.

“Una democracia igualitaria en lo político y justiciera en lo económico” era un ideal que compartían “socialistas de diversos matices” (reformistas, agraristas, cristianos, fabianos...) pero que no coincidía, esencialmente, con el proyecto comunista.⁷⁴ Consideraba que confundir a esos socialistas con los comunistas “es crasa ignorancia, mala fe u oportunismo político de condotieros y lacayos al servicio de dictaduras castrenses, o de respetables senadores norteamericanos”.⁷⁵

En el tercer número de 1960 de *Cuadernos Americanos* se reprodujo un debate entre intelectuales mexicanos, muy cercanos al Movimiento de Liberación Nacional cardenista y que habían realizado varios viajes a la Isla, como Carlos Fuentes, Enrique González Pedrero, Víctor Flores Olea y Jaime García Terrés.⁷⁶ También intervino en el debate el sociólogo norteamericano Charles Wright Mills, quien acababa de publicar su libro, *Listen, Yankee* (1960), traducido al año siguiente por Julieta Campos en el Fondo de Cultura Económica.⁷⁷ El debate llevaba por título “Izquierda, subdesarrollo y Guerra Fría” y es uno de los documentos centrales del lanzamiento de la Nueva Izquierda en el campo intelectual latinoamericano de los años sesenta.

La revista reseñó el debate que comenzaba con una crítica contundente de Wright Mills al stalinismo y con una alusión a las equivalencias que podían establecerse entre Estados Unidos y la URSS en tanto potencias industriales y militares.⁷⁸ Luego la discusión se movía hacia el tema del protagonismo de las revoluciones en el Tercer Mundo y las diversas formas de encarar el problema del subdesarrollo. Allí el golpe de Estado contra Arbenz en Guatemala y la Revolución Cubana aparecían en el trasfondo del debate, pero el énfasis estaba puesto en alentar alternativas de izquierdas que no se plegaran totalmente a ninguno de los dos bloques. De hecho,

⁷⁴ Jesús Silva Herzog, “¿Comunismo o democracia social? Esquema para un libro”, *Cuadernos Americanos*, núm. 1 (enero-febrero de 1960), pp. 18-52, pp. 47-50.

⁷⁵ *Ibid.*, p. 47.

⁷⁶ Renata Keller, *Mexico's Cold War: Cuba, the United States, and the legacy of de Mexican Revolution*, Nueva York, Cambridge University Press, 2015; Beatriz Urías Horcasitas, “Alianzas efímeras: izquierdas y nacionalismo revolucionario en la revista *Política*”, *Historia Mexicana* (El Colegio de México), vol. 68, núm. 3 (271) (enero-marzo de 2019), pp. 1205-1252.

⁷⁷ Elisa Servín, “La experiencia mexicana de Charles Wright Mills”, *Historia Mexicana* (El Colegio de México), vol. 69, núm. 4 (276) (abril-junio de 2020), pp. 1729-1772.

⁷⁸ “Izquierda, subdesarrollo y Guerra Fría: un coloquio sobre cuestiones fundamentales”, *Cuadernos Americanos*, núm. 3 (mayo-junio de 1960), pp. 53-69, pp. 54-56.

como observaba Carlos Fuentes, Mills no rechazaba tajantemente que los países latinoamericanos pudieran recibir ayuda de Estados Unidos para el desarrollo.⁷⁹ El coloquio culminaba con un llamado a producir revoluciones latinoamericanas autónomas, aunque con una visión realista del mundo bipolar, en las que se involucrasen fuertemente la intelectualidad y los “aparatos culturales” del Estado.⁸⁰

En aquel mismo número, *Cuadernos Americanos* insertaba un artículo de Raúl Roa, viejo colaborador de la revista y ahora canciller de la Cuba revolucionaria, que dialogaba diáfanoamente con el coloquio. Roa resumía el primer año de la Revolución Cubana sin transmitir un posicionamiento ideológico dentro de la Guerra Fría. La Revolución de 1959 era “genuina”, tenía raíces nacionalistas y colocaba en el centro medidas como la campaña de alfabetización y la reforma agraria.⁸¹ En el plano internacional, el canciller Roa destacaba que la Cuba revolucionaria defendía, en foros internacionales como la Organización de Naciones Unidas y la Organización de Estados Americanos, la causa de los procesos de descolonización y desarrollo de los países de Asia, África y América Latina.⁸²

Esa misma perspectiva, de compromiso tercermundista en la Guerra Fría, fue la que predominó en el manejo de la visita del presidente cubano Osvaldo Dorticós a México, cubierta en el cuarto número de 1960 de *Cuadernos Americanos*. La revista reprodujo los discursos de ambos presidentes, Adolfo López Mateos y Osvaldo Dorticós, llenos de referencias a José Martí y Benito Juárez, y de suscripciones de la continuidad de la Revolución Cubana de 1959 respecto de la Mexicana de 1910.⁸³ Aquellos documentos y el ensayo de Loló de la Torre sobre la Revolución y la cultura cubana no hacían más que confirmar que el nacionalismo revolucionario era la corriente doctrinal que entrelazaba ambos procesos sociales y políticos en las Américas.⁸⁴

⁷⁹ *Ibid.*, p. 65.

⁸⁰ *Ibid.*, p. 69.

⁸¹ Raúl Roa Kourí, “Un año de Revolución Cubana”, *Cuadernos Americanos*, núm. 3 (mayo-junio de 1960), pp. 42-52, pp. 45-48.

⁸² *Ibid.*, p. 51.

⁸³ Adolfo López Mateos, “México y Cuba”, *Cuadernos Americanos*, núm. 4 (julio-agosto de 1960), pp. 9-10; Osvaldo Dorticós Torrado, “Cuba y México”, *Cuadernos Americanos*, núm. 4 (julio-agosto de 1960), pp. 11-12.

⁸⁴ Loló de la Torre, “La Revolución y la cultura cubana”, *Cuadernos Americanos*, núm. 4 (julio-agosto de 1960), pp. 13-26.

Todavía en 1960, *Cuadernos Americanos* publicó un adelanto del libro del veterano socialista argentino Alfredo L. Palacios, entonces mayor de 80 años, *Una revolución auténtica: la reforma agraria cubana* (1961). Palacios, jefe intelectual de la izquierda antiperonista argentina, también celebraba el fenómeno cubano por sus reformas sociales, pero negaba cualquier orientación comunista en el proyecto insular.⁸⁵ No sólo eso, Palacios encontraba paralelos entre la Revolución Cubana y la Revolución Libertadora argentina, es decir, el golpe de Estado contra Perón de 1955.⁸⁶ Ambos procesos, a su juicio, formaban parte de una tradición revolucionaria de “Nuestra América”, que buscaban rescatar un americanismo bolivariano y martiano, contrapuesto a la hegemonía continental de Estados Unidos.

Mientras avanzaba la radicalización marxista de la Revolución Cubana y las relaciones de la Isla con Estados Unidos se tensaban, *Cuadernos Americanos* afianzó su equidistancia en la Guerra Fría. Isidro Fabela aplaudió la posición de la reunión de cancilleres americanos en San José, Costa Rica, en contra de las “intervenciones extracontinentales en nuestro hemisferio”, en alusión al apoyo de la URSS a Cuba.⁸⁷ Luis Padilla Nervo defendió el desarme y la coexistencia pacífica, como un imperativo que debía exigirse no sólo a Estados Unidos sino también a la Unión Soviética.⁸⁸ El economista zaragozano Manuel Sánchez Sarto publicó un elogio de John F. Kennedy y de las posibilidades de su liderazgo de contener a la URSS, a China y “a Castro”.⁸⁹

Entre la invasión a Bahía de Cochinos en abril de 1961 y la Crisis de los Misiles en octubre de 1962, *Cuadernos Americanos* suscribió las posiciones oficiales del canciller Manuel Tello y el embajador en la ONU Luis Padilla Nervo de rechazo al intervencionismo de Estados Unidos en Cuba y al aislamiento internacional de

⁸⁵ Alfredo L. Palacios, “Una Revolución auténtica en Nuestra América”, *Cuadernos Americanos*, núm. 5 (septiembre-octubre de 1960), pp. 7-52, p. 43.

⁸⁶ *Ibid.*, p. 47.

⁸⁷ Isidro Fabela, “La sexta y séptima conferencias de cancilleres ante el derecho positivo internacional”, *Cuadernos Americanos*, núm. 6 (noviembre-diciembre de 1960), pp. 9-27, p. 16.

⁸⁸ Luis Padilla Nervo, “El problema del desarme: convivencia pacífica o aniquilamiento total”, *Cuadernos Americanos*, núm. 1 (enero-febrero de 1961), pp. 9-27.

⁸⁹ Manuel Sánchez Sarto, “John F. Kennedy, el presidente para una era nueva”, *Cuadernos Americanos*, núm. 1 (enero-febrero de 1961), pp. 28-48, p. 47.

esa nación caribeña.⁹⁰ También ofreció amplio espacio a los intentos de Lázaro Cárdenas y del Movimiento de Liberación Nacional de ofrecer un lugar a Cuba dentro de la Conferencia Latinoamericana por la Soberanía Nacional, la Emancipación Económica y la Paz, que celebró su primera reunión, en la Ciudad de México, en marzo de 1961.⁹¹ Pero a medida que crecía la hostilidad de Estados Unidos y se acentuaba la dependencia de Cuba de la URSS, el tema se volvía incómodo en la revista.

Cuadernos Americanos reprodujo una carta firmada por más de sesenta profesores norteamericanos, fundamentalmente de Harvard y del MIT, dirigida al presidente Kennedy, luego de Bahía de Cochinos, en la que decían: “ninguno de nosotros aprueba la represión del régimen de Castro contra las libertades civiles en Cuba, ni su dependencia del bloque comunista”.⁹² Y agregaban: “pero creemos que el intento de los Estados Unidos de destruir a Castro olvidó comprender el significado de la experiencia cubana y puso seriamente en peligro la prosecución de nuestros más vitales intereses en los asuntos mundiales”.⁹³ El director Jesús Silva Herzog, en un artículo sobre el conflicto cubano, reiteró la misma posición: la política de hostigamiento de Estados Unidos contra Cuba estaba equivocada. Rechazar esa política no implicaba seguir los dictados de Moscú, ya que, según Silva Herzog, las corrientes mayoritarias y más útiles de la izquierda latinoamericana, las que se habían trazado como prioridad alcanzar el desarrollo económico y social, giraban en torno a posiciones socialistas e, incluso, marxistas, no comunistas, ni prosoviéticas ni prochinas.⁹⁴

Esa perspectiva predominó en el número doble, de fines de 1961 y principios de 1962, titulado “Panorama de América Latina”, en el que se trataron diversos problemas económicos y sociales, políticos y culturales de América Latina. Con colaboraciones de Sergio Bagú sobre Argentina, Luis Cardoza y Aragón sobre Guatemala, Ricardo

⁹⁰ Luis Padilla Nervo, “Presencia de México en las Naciones Unidas: el caso de Cuba”, *Cuadernos Americanos*, núm. 3 (mayo-junio de 1961), pp. 72-83.

⁹¹ Jorge Carrión, “La voz y el derecho de América Latina”, *Cuadernos Americanos*, núm. 3 (mayo-junio de 1961), pp. 62-71.

⁹² “Carta abierta al presidente Kennedy”, *Cuadernos Americanos*, núm. 4 (julio-agosto de 1961), pp. 33-38, p. 33.

⁹³ *Ibid.*

⁹⁴ Jesús Silva Herzog, “Reflexiones sobre política internacional”, *Cuadernos Americanos*, núm. 4 (julio-agosto de 1961), pp. 39-49, p. 42.

Donoso sobre Chile, Josué de Castro sobre Brasil y José Antonio Portuondo —embajador de Cuba en México— sobre la Isla, aquella entrega doble conmemoró los veinte años de *Cuadernos Americanos*. En su introducción, Silva Herzog volvió a hablar de la Guerra Fría y de la necesidad de una estrategia intelectual para “desenvolver [una] obra de cultura” americana “en forma y manera de diálogo”.⁹⁵

La Guerra Fría, especialmente a partir de la intensificación de la estrategia anticomunista de Estados Unidos en la región, entorpecía esa gestión. El mundo bipolar, decía Silva Herzog, “ha creado una psicosis de miedo entre gobernantes e intelectuales de Nuestra América. Y ya sabemos que el miedo es siempre mal consejero”.⁹⁶ Debajo de esa pugna geopolítica se reproducían los grandes problemas de la región: subdesarrollo, dependencia, analfabetismo, concentración de la propiedad, disparidad en el ingreso. Era preciso abandonar la psicosis y el miedo y concertar voluntades para enfrentar esas demandas básicas de las sociedades latinoamericanas. La fórmula, dirá Pablo González Casanova siguiendo al propio Silva Herzog, no era otra que regresar al programa agrarista y soberanista de la Revolución Mexicana.⁹⁷

La “doctrina mexicana” para la Guerra Fría, propuesta por *Cuadernos Americanos*, suponía una actualización de los principios carrancistas y estradistas de la política exterior de México, como sostuvo el canciller Manuel Tello en Punta del Este.⁹⁸ Esa operación ideológica suponía un desplazamiento con respecto a la política de México hacia Estados Unidos y América Latina durante la Segunda Guerra Mundial y la primera fase de la Guerra Fría. Después de la Revolución Cubana, México, y su campo intelectual, personificado por publicaciones como *Cuadernos Americanos* y editoriales como el Fondo de Cultura Económica, defenderían el derecho de Cuba a construir el socialismo, aunque fomentando modelos de organización política que no sacrificasen la democracia en nombre de la igualdad y la justicia social.

⁹⁵ Jesús Silva Herzog, “Veinte años al servicio del Mundo Nuevo”, *Cuadernos Americanos*, núm. 6 (noviembre-diciembre de 1961), pp. 7-18, p. 8.

⁹⁶ *Ibid.*, p. 16.

⁹⁷ Pablo González Casanova, “México: el ciclo de una revolución agraria”, *Cuadernos Americanos*, núm. 1 (enero-febrero de 1962), pp. 7-29.

⁹⁸ Javier Rondero, “México en Punta del Este”, *Cuadernos Americanos*, núm. 2 (marzo-abril de 1962), pp. 91-114; Luis Quintanilla, “La convivencia americana”, *Cuadernos Americanos*, núm. 2 (marzo-abril de 1962), pp. 79-90.

BIBLIOGRAFÍA

Revistas

Cuadernos Americanos
El Trimestre Económico
Historia Mexicana

Libros y artículos

- Ameringer, Charles D., *La Legión del Caribe: patriotas, políticos y mercenarios, 1946-1950*, Santo Domingo, Academia Dominicana de la Historia, 2015.
- Crespo, Horacio, “El comunismo mexicano y la lucha por la paz en los inicios de la Guerra Fría”, *Historia Mexicana* (El Colegio de México), vol. 66, núm. 2 (262) (octubre-diciembre de 2016), pp. 653-723.
- Degiovanni, Fernando, *Vernacular Latin Americanisms: war, the market, and the making of a discipline*, Pittsburgh, University of Pittsburgh Press, 2018.
- Iber, Patrick, *Neither peace nor freedom: the cultural Cold War in Latin America*, Cambridge, MA, Harvard University Press, 2015.
- Keller, Renata, *Mexico's Cold War: Cuba, the United States, and the legacy of the Mexican Revolution*, Nueva York, Cambridge University Press, 2015.
- Loaeza, Soledad, “La fractura mexicana y el golpe de 1954 en Guatemala”, *Historia Mexicana* (El Colegio de México), vol. 66, núm. 2 (262) (octubre-diciembre de 2016), pp. 725-791.
- Pettinà, Vanni, “¡Bienvenido Mr. Mikoyan!: tacos y tractores a la sombra del acercamiento soviético-mexicano, 1958-1964”, *Historia Mexicana* (El Colegio de México), vol. 66, núm. 2 (262) (octubre-diciembre de 2016), pp. 793-852.
- Pettinà, Vanni, *Historia mínima de la Guerra Fría en América Latina*, México, El Colegio de México, 2018.
- Rojas, Rafael, *Historia mínima de la Revolución Cubana*, México, El Colegio de México, 2015.
- Servín, Elisa, “La experiencia mexicana de C. Wright Mills”, *Historia Mexicana* (El Colegio de México), vol. 69, núm. 4 (276) (abril-junio de 2020), pp. 1729-1772.
- Spenser, Daniela, *Espejos de la Guerra Fría: México, América Central y el Caribe*, México, CIESAS, 2004.

Tenorio-Trillo, Mauricio, *Latin America: the allure and power of an idea*, Chicago, The University of Chicago Press, 2017.

Uriás Horcasitas, Beatriz, “Alianzas efímeras: izquierdas y nacionalismo revolucionario en la revista *Política*”, *Historia Mexicana* (El Colegio de México), vol. 68, núm. 3 (271) (enero-marzo de 2019), pp. 1205-1252.

RESUMEN

Propuesta de reconstrucción de la línea editorial y los principales debates aparecidos en la revista *Cuadernos Americanos*, fundada y dirigida por Jesús Silva Herzog a partir de 1942. Interesa, aquí, la forma en que la publicación produjo una visión de los problemas latinoamericanos en sus dos primeras décadas, es decir, entre la Segunda Guerra Mundial y el calentamiento de la Guerra Fría en el Caribe. Fueron muchos los fenómenos de la historia regional que se trataron en la revista (el peronismo y el varguismo, las revoluciones boliviana, guatemalteca y cubana, la política hemisférica de Estados Unidos entre el Buen Vecino y la Alianza para el Progreso...), pero el enfoque siempre estuvo puesto en función de un posicionamiento progresista, desde las humanidades, que dialogara con el interés nacional y la política exterior mexicana, en el periodo poscardenista. A esa política se le llegó a llamar “Doctrina de México”.

Palabras clave: nacionalismo revolucionario, Revolución Mexicana, cardenismo, peronismo, populismo, Revolución Cubana, Guerra Fría.

ABSTRACT

Reconstruction of the editorial policy and main debates published in the magazine *Cuadernos Americanos*, initiated and headed by Jesús Silva Herzog in 1942. The focus is on how the publication shaped the panorama of Latin American issues during its first 20 years, from Second World War to the development of the Cold War in the Caribbean. Many regional historic events were presented in the magazine (Peronism and Varguism; Bolivian, Guatemalan, and Cuban revolutions; United States’ hemispheric policies, from Good Neighbour to Alliance for Progress...), always with progressive perspectives from Humanities, keeping a dialogue open with national concerns and the Mexican foreign policy after Lázaro Cárdenas’ mandate that came to be known as “Doctrine of Mexico”.

Key words: revolutionary nationalism, Mexican Revolution, Cardenism, Peronism, Populism, Cuban Revolution, Cold War.